

# Manifiesto del diablo sobre la arquitectura y el urbanismo

*José Agustín GOYTISOLO\**

La cuestión está así:  
los ciclos se van cumpliendo inexorablemente  
y parece que vayamos a vivir otra vez momentos  
como los de 1936, 1929, 1910, 1871, 629 o 211 antes de Cristo  
que vayamos a pasar por situaciones parecidas  
aunque a diversa altura de la curva helicoidal  
y otra vez el equilibrio falla  
el sistema se rompe  
y el dinero huye o no sirve o es atesorado  
faltan materias y sobran hijoputas.

La sociedad humana no es un conjunto más que en el papel  
en la realidad  
no es ni siquiera un conjunto de conjuntos  
porque mientras algunos se ocupan del confort de sus viviendas  
o del televisor o de encontrar  
su verdadero sexo,  
otros caminan aunque torpemente  
a favor de los vientos de la Historia  
modifican el mundo  
quieren modificarse ellos también  
aunque sin saber cómo ni en qué forma  
y otros muchos por fin desean simplemente  
comer comer  
vivir un poco mientras se rascan bajo el sol  
mientras desean no haber nacido  
mientras la rabia y el odio les muerden las entrañas.

El mundo se ha convertido en una bola diminuta  
poblada de hormigas de diferentes clases  
tamaños y apetencias  
y nadie está de acuerdo con casi nadie  
y las viejas familias tiemblan  
cuando ven a sus hijas disfrazadas y moviéndose  
al ritmo salvaje del tambor y la droga  
y se ensayan por todas partes nuevos tipos  
de grupo o de comuna



y todo el mundo grita  
y todo el mundo escribe  
pero nadie hace nada.

Así pues somos una partida insolidaria  
de individuos de todos los colores  
que nos odiamos mucho  
o que a veces nos amamos con poderoso amor  
pero que cada día que pasa nos sentimos más solos.

¿Qué hacer entonces con nuestra sociedad  
con nuestras sociedades  
cómo cambiar los modos de vida del individuo y el grupo  
cuándo enterrar el cadáver familiar  
que ya hiede en la sala?

No existe un solo fin del Mundo  
sino pequeños fines de pequeños mundos  
de diminutas civilizaciones  
y es absurdo cruzarse de brazos y esperar  
a que termine el último acto  
cuando resulta mucho más divertido y maligno  
participar en la representación.

Nuestros países por ejemplo  
con sus campos y ciudades y poblados y autopistas  
deben entrar también en el asunto  
con un papel preponderantemente activo  
ya que en ellos es donde todo va a ocurrir  
o está ocurriendo ya  
son como nuestra piel o nuestra ropa  
o nuestra propia casa en bancarrota.

Hay pues que embellecer lo que habrá de morir  
pensar muy seriamente que seremos juzgados más tarde  
por nuestras propias ruinas  
igual que hoy juzgamos a Nínive o Atenas o a Roma  
o al México de ayer  
y puesto que hay que imaginar París y Bruselas  
y Barcelona y Milán  
y adivinar su futuro esqueleto blanquísimo  
también podemos pensar un poco en los que aún estamos vivos  
en los sobrevivientes de esta época de oprobio esplendoroso.

El urbanismo y la arquitectura de hoy  
han llegado al desastre y a la desvergüenza  
y de nada han de servirnos  
para animar un poco todo esto.  
Tenemos que partir del caos actual



remontarnos y ver la realidad con ojo de águila  
y aprender a proyectar de nuevo nuestras casas  
nuestros pueblos nuestros barrios y nuestras ciudades  
y también la región y el territorio y el país  
y el planeta  
controlando y previendo  
los cambios que han de suceder de un modo inevitable  
para que nuestro entorno esté de acuerdo  
con nuestras ideas y nuestros fracasos  
para que nada resulte tan discordante y necio como ahora  
en los tiempos futuros.

Las grandes industrias que han roto el antiguo equilibrio  
y han desvirtuado la trama de los campos  
de las carreteras y los ríos  
convirtiendo en suburbios de inmundicia  
las grandes capitales  
deberán volverse limpias y ser agrupadas  
en las grandes praderas y en los bosques  
y el transporte de los obreros hasta ellas  
habrá de ser pagado por sus dueños  
mientras no se consiga un estado socialista  
de la misma manera que el que poluciona  
debe pagar también el volver a dejar  
claras las aguas y la atmósfera.

En cuanto al comercio y a sus odiosos  
templos o supermercados  
hay que ir pensando en dismantelarlos  
y emplearlos como guarderías o prostíbulos  
pues la pequeña tienda ha de volver a estar mezclada  
con las viviendas y las oficinas y talleres  
para acabar de una vez con el maldito zoning.

Así algunos hombres podrán no distinguir  
su tiempo de trabajo de su tiempo de ocio  
y mover a la envidia y al deseo de otros  
para alcanzar esta beatitud.

Y ya que la Revolución precisa de espacios  
amplios y de grandes avenidas  
habrá que crear parques y plazas en los centros  
de la ciudad histórica  
cuidar sus monumentos y sus viejas mansiones  
en las que ondearán las futuras banderas.

Tenemos que romper también el muro  
de la ciudad concéntrica  
hacer que crezca siguiendo los cauces de los ríos



o de las enormes y naturales arterias inter-urbanas  
y conectarse a las pequeñas ciudades de provincias  
y a los pueblos  
en una nueva malla entre campos y bosques.

El automóvil deberá ser prohibido en la ciudad  
y el metro y la bicicleta ensalzados y glorificados  
para que nuestras calles vuelvan a ser un día  
lugar de reunión y de convivencia  
y no un comercio enorme lleno de ratas y bolsas de basura.  
Cada calle cada barrio cada pueblo o ciudad  
tendrán un nuevo rostro luminoso y tranquilo  
de acuerdo con los gustos y los vicios de sus habitantes.

Habrà que convertir en oficinas de castigo o cárceles del pueblo  
para los arquitectos y los especuladores que los pagan  
los grandes bloques que hoy son de viviendas  
y que ellos diseñaron  
y organizar las casas en un entorno auténtico  
como antes lo tuvieron  
pero más acusadamente bello  
más preparado para la gran fiesta.

Y sobre todo el verde  
grandes tapices verdes que trepen por las casas  
y cubran los terrados  
que oculten el espanto de las calles de hoy  
entre fuentes y luces y música increíble.

Así un día será posible que  
todos los ciudadanos de un mundo en movimiento acelerado  
hacia el cambio y la muerte  
puedan pensar en sus necesidades  
de un modo más auténtico y preciso  
y consideren su alimentación  
como lo que es hoy patrimonio de pocos  
—sublimación del gusto—  
y sepan que el vestido les abriga  
pero que expresa también su personalidad  
y que la información les relaciona con los demás hombres  
al tiempo que los educa  
que la higiene no es solamente aseo  
sino además equilibrio del cuerpo y de la mente  
y llega al erotismo  
y que la habitación es un cobijo propio  
o madriguera individual  
pero que habitación inmensa es también la ciudad  
es el país es toda la tierra como un gran escenario  
de anhelos y desgracias y victorias.



Todo esto es muy difícil pero no es imposible  
la utopía no existe sino cuando se prueba  
y se fracasa  
y aquí no hemos siquiera comenzado  
este programa angélico  
manifiesto del diablo que se fecha en París en 1975  
bajo el signo de Capricornio  
y que haremos posible se convierta en espacios  
en árboles y en agua  
en una cosa viva  
para que cuando llegue la hora y se termine esta mariconada  
y entren los alguaciles y el verdugo en escena  
puedan mirar su ruina o decadencia  
y decir de nosotros que si bien formamos toda una cultura  
de cuerdos asesinos  
de ladrones y obscenos comerciantes de sangre  
no nos faltó el aliento del artista  
ni fuimos unas gentes aburridas.

\* Este poema fue recuperado y cedido por el autor expresamente para su publicación en este número de ABACO. Pertenece al libro «Taller de Arquitectura», de próxima aparición, corregido y aumentado respecto de su primera edición en el año 1978.